

Alberto G. Ibáñez: *Hispanoterapia. Un tratamiento de choque para vencer nuestros traumas*. Prólogo: Fernando Pérez del Río, Madrid, La Esfera de los Libros, S.L., Primera edición: febrero de 2026, 467 pp.

Enrique Alí González Ordosgoitti
Universidad Central de Venezuela

Desde hace poco más de diez años venimos asistiendo a un movimiento cultural e intelectual, de fuerza creciente, surgido prácticamente de forma paralela a ambos lados del Atlántico, dirigido a redescubrir lo que significaron, en realidad, los tres siglos de la América Virreinal, con su debe y haber, como cualquier empresa global, pero con un saldo netamente positivo que habría sido artificialmente negado y oscurecido, lo que afectaría al modo de ser y sentirse los hispanos del siglo XXI, que andan confusos, divididos y enfrentados.

En esta labor de desentrañar los efectos secundarios de una guerra cultural larvada desde hace siglos destaca la pluma de Alberto G. Ibáñez, un doctor en derecho y en ciencias de religiones que nos presenta su quinto libro —en principio cabría darle el beneficio del adagio taurino “no hay quinto malo”— de una serie dedicada a analizar la relación entre historia, cultura y liderazgo, con especial hincapié en el mundo hispano, y que empezó con *La conjura silenciada contra España. La manipulación franco-anglosajona de nuestra historia y sus quintacolumnistas ingenuos* (2016), cuando pocos hablaban de estas cuestiones.

No obstante, ¿qué aporta un nuevo libro a la materia? Éste que comentamos comienza, ya desde su introducción y su primera parte (pp. 21-84), apuntando planteamientos ambiciosos. Por de pronto, trata de abordar la relación entre Historia y Psicología. El propio autor ya avanzó algunas pistas en su anterior libro *El Sacro Imperio Romano Hispánico*, donde introdujo el término “historioterapia”, contenido en el que ahora profundiza, concentrándolo en el devenir psicocultural del mundo hispano, caracterizado por aquel colectivo que mantiene al español como lengua materna o común, y que comparte un legado histórico por haber pertenecido durante tres siglos al mismo objeto político claramente identificable: el Imperio hispánico; que sería el verdadero sucesor del legado greco-romano, llevándolo “plus ultra”¹. Estaríamos, en todo caso, en

¹ Dicho libro ya fue objeto de reseña en esta misma Revista a cargo de otro profesor venezolano: Leáñez Aristimuño, C. (2024). Alberto G. Ibáñez, *El Sacro Imperio Romano Hispánico. Una mirada a nuestro pasado común para una nueva Hispanidad*. Córdoba, Editorial Sekotia,

presencia del campo (en el sentido de Bourdieu) de lo hispánico, visto desde su atrofia amnésica sobre la calidad de su existencia, desde su diagnóstico y desde su terapia sanadora. El libro nos invita a recorrer de manera introspectiva nuestra forma de pensar, las limitaciones epistemológicas que nos acosan y la manera de vigilarlas y superarlas.

No es el primero que ha intentado algo parecido. El autor recuerda que el primer uso académico del término “psicohistoria” aparece en el libro de Erik Erikson, *Young Man Luther. A Study in Psychoanalysis and History* –(1958), donde se examina el impacto del carácter del ser humano en la historia–. Cita igualmente al filósofo español A. Hermosa quien, en su obra *El hombre tras los hechos. Naturaleza humana y política en la historiografía clásica* (1999), ya habla del papel que puede jugar la Historia como terapia. Pero el nuevo libro pretende ir más allá, comparando su enfoque con el de la psicología social y de grupos o la psicología política para concluir que la Historioterapia “no desprecia la influencia de la psicología de los actores de la historia y de los historiadores que la interpretan en la construcción del relato dominante, pero presta una especial atención al efecto que esa narrativa ejerce directa o indirectamente sobre la salud mental de los seres humanos, como fuente de una lucha geopolítica psico-cultural que es permanente, pero que a menudo se nos escapa, bajo el axioma de que la autoestima individual está conectada con la autoestima colectiva de los distintos grupos políticos o sociales en los que nos incardinan o incardinamos, nos gusten o no”.

El título de *“Hispanoterapia. Un tratamiento de choque para vencer nuestros traumas”* es, por tanto, rigurosamente descriptivo. Combina y relaciona la psicología social, la psicología de grupos, la psicología política y también la psicología de las profundidades de Carl Gustav Jung con el riguroso estudio histórico sobre el legado del Imperio hispánico y su relación con Europa, unido al dominio de la ciencia política y a una amplia erudición vertida en una esmerada prosa que puede leerse de corrido operando sobre un fondo de 256 libros que conforman la bibliografía. La portada, de brillante factura y probablemente diseñada para llamar nuestra atención, parece paradójicamente más cercana al género del cómic, donde se presenta a un terapeuta ataviado con ropajes de caballero de los tercios con una pluma en la mano –que bien pudiera ser Cervantes o don Quijote– que escucha atento los lamentos de un personaje tumbado en el diván, que parece querer representar al “hispano acomplejado y dividido contra sí mismo” del que nos habla Alberto G. Ibáñez en el Capítulo IV.

El autor se detiene en el papel que juega la Historia a la hora de conformar el relato dominante en un grupo o sociedad dada. Distingue, a este respecto, entre la disciplina de ciencias sociales de la que se ocupan congresos especializados

y el arma cultural, potencialmente instrumentalizada por gobiernos y otros poderes, que crea y derriba imperios y naciones. La Historia sería, en este sentido, la conjunción de lo que nos cuentan, de cómo nos lo cuentan, y de lo que nos ocultan y por qué nos lo ocultan, dentro de una dialéctica recuerdo-olvido.

El relato fundador de los grandes imperios y naciones se construye sobre la base de una cuidada selección de imágenes y momentos bajo la atenta mirada selectiva del experto que suele cargar con una ideología a cuestas. En la década de los años 60 del siglo XX, un pensador como Gaston Bachelard alertaba acerca de la necesidad de la vigilancia epistemológica para descubrir y combatir los obstáculos que impiden el conocimiento de lo real. Planteaba la necesidad de que el investigador hiciese una revisión de sus pulsiones más profundas, de sus prejuicios, de sus posibles traumas, simpatías o aversiones acerca de temas específicos y que los declarara públicamente, como una honesta cortesía para que sus interlocutores supiesen por su propia voz, sus limitaciones y posibilidades de conocimiento sobre los tópicos que trataba. Y el autor nos recuerda lo que decía Jaime Balmes a principios del siglo XIX en su famosa obra *El Criterio*: “antes de leer una historia es importante leer la vida del historiador”. Aunque ciertamente si hiciéramos esto con habitualidad, poca historiografía quedaría en pie.

Resulta especialmente interesante a este respecto, y potencialmente polémico, el análisis que hace el autor de la Historia como sistema de patrones o constantes, introduciendo al respecto enfoques propios de pensamiento sistémico, otra de las novedades del libro. Sostiene que vivimos dentro de una dialéctica de imperios que se mueve bajo el prisma de la ley de acción-reacción, donde a unas épocas de cooperación le suceden otras de confrontación, sin solución de continuidad, siendo la Historia reacia tanto a la parálisis como al vacío. Recuerda este planteamiento a la dialéctica entre la trampa de Tucídides, concretada por Graham Allison –quien explicaba que la sucesión de conflictos entre potencias se derivaba del miedo a perder la hegemonía–, y la posición del economista Charles Kindleberger, para quien el conflicto surge por el vacío. No profundiza el autor en estos análisis, propios de la geopolítica, tal vez por falta de espacio de un libro que ya ocupa casi 500 páginas.

Con todo resulta igualmente reseñable que presente al Imperio Hispánico –o Sacro Imperio Romano Hispánico, en sus propios términos– como una excepción a la regla general, pues éste no nacería contra otro Imperio, ya que con el portugués llega a un pacto de no agresión desde un principio y de los aztecas e incas desconocía su existencia. Por otra parte, se le ha negado su capacidad para nombrar sus éxitos –el nombre de América lo pusieron otros– o elaborar su propia leyenda dorada, a diferencia de los casos del Imperio romano o la Revolución francesa, por ser considerados estos eventos pilares

legitimadores de Occidente. Aunque tal vez este asunto daría para un estudio independiente o cabría echar de menos una comparación más específica con el caso del Imperio chino —el otro gran Imperio en términos de duración temporal, aunque de tipo concentrado y no policéntrico—, no cabe duda de que el análisis tiene la virtualidad de hacer pensar sobre el origen de la posición geopolítica que ocupa en la actualidad el mundo hispano, tras haber liderado el planeta al menos durante siglo y medio.

El contenido principal del libro se divide en dos partes. En una de ellas (la segunda, pp. 85-248), el autor identifica los cinco síndromes causantes de la distorsión cognitiva hispana, mientras en la siguiente (la tercera) presenta los correlativos cinco tratamientos para hacerles frente, con el objetivo de reforzar la autoconfianza colectiva, recuperando la hispanosofía y el liderazgo hispano. No debemos destripar en esta reseña cada uno de esos conceptos, pero sí comentaremos algunos de ellos y sobre todo su potencial correlación. Dentro de los síndromes, destaca lo que el autor califica de “hispanobobería”. Hace años ya categorizó el neologismo “hispanobobo” como contraparte interna del “hispanófobo” externo. Se fundamenta ello en el presupuesto de que hemos olvidado quiénes somos y hemos sido, pues el vicio principal de lo hispano sería la ingenuidad en relación a cómo funciona el mundo, más que la envidia, esa gangrena del alma hispana que decía Unamuno. Los que envidian, parece decirnos Ibáñez, son en todo caso quienes han construido su identidad mayormente sobre la base de menospreciar u oscurecer el significado real de lo hispano.

No es el único neologismo que aporta el libro (i.e, “hispanosofía”), lo que el autor hace con toda intención, pues sostiene que las palabras son los ladrillos con los que construimos el pensamiento y el mundo hispano lleva demasiado tiempo sufriendo “un síndrome de Estocolmo ante el secuestro terminológico”, consumiendo acríticamente términos y significados grabados a fuego por aquellos que nos ignoran o desprecian. No es casualidad que nombres claves de contenido positivo (modernidad, ilustración, liberalismo o revolución) vayan acompañados necesariamente de gentilicios foráneos, mientras los de valoración negativa (intolerancia, genocidio, atraso...; o incluso podríamos añadir “mal gobierno” o “corrupción”) aparezcan imperiosamente unidos de forma singular y específica a lo hispano, contribuyendo de esta manera a reforzar nuestros complejos colectivos y la (falsa) idea de que somos diferentes, pero solo para protagonizar el lado peor de la Historia.

Esa misma ingenuidad se relaciona, o al menos así cabe entenderlo, con otros dos síndromes: el “vasallaje cognitivo” —otro nuevo neologismo— y la “pulsión fragmentadora”. Debido a su ingenuidad característica, el mundo hispano ha asumido la tesis de la “carencia de autoridad cognitiva propia”, lo que lleva a negar la existencia de un pensamiento hispano propio, asumiendo

que, para ser capaz de pensar con rigor, necesariamente tiene que acudir a fuentes extranjeras, precisamente esas que ignoran o desprecian todas y cada una de las contribuciones hispanas. Ese proceso, ya muy consolidado, actuará de telonero preparatorio de un mantra psico-cultural nada inocente que quedará plasmado en la célebre, y asombrosa, acusación de Masson de Morvilliers de que España nada ha aportado al mundo. Ese dogma ideológico lo interiorizarán con pasión los hispanos que se rinden entusiastas a ideologías foráneas que desprecian o ignoran su propio legado, tomadas casi como religiones laicas –y sus ideólogos como verdaderos profetas con don de infalibilidad– sustitutivas de lo sagrado que una vez nos unió en un pasado no tan remoto.

Para el autor, dicha misma manera lánguida de participar en el juego geopolítico influye, permite o justifica el surgimiento de numerosas iniciativas de corte separatista o disgregador, dentro de un curioso renacer indigenista, a ambos lados del Atlántico –pero no curiosamente en sus vecinos más poderosos con no menos motivos para sufrir plaga semejante–, como si ingenuamente se tratara de revivir el célebre adagio romano de “divide et impera”: dividir para que venzan nuestros adversarios, asumiendo entusiastas algunos el papel de caballos de Troya, conscientes o inconscientes. Con independencia de que se comparta o no el enfoque del autor, no cabe duda de que aporta una aproximación original y psicológica a los problemas que sufre la comunidad hispánica en comparación con otras, incluso con menor tradición de unidad a sus espaldas.

De hecho, como profesor venezolano, con años de reflexión a mis espaldas sobre estas cuestiones, no tengo dificultad en reconocer que a principios del siglo XIX comenzó una guerra civil en el Imperio español que desembocó en una guerra de secesión de alcance continental, conduciendo al surgimiento de nuevas naciones republicanas desgajadas de la unidad anterior y fragmentadas entre sí. Las nuevas repúblicas iniciaron la gestación de una amnesia colectiva impulsada, principalmente, por los intereses nacionales de Inglaterra, Francia y los EEUU, con la aquiescencia, quizá inconsciente, de gran parte de los nuevos líderes. Se llegó a imponer el desvarío de pensar que un Imperio como el español, que durante tres siglos había sido uno de los principales actores geopolíticos mundiales, no había generado consigo una civilización ni nada que mereciera la pena mantener. Esta falsa idea, contraria a la íntima relación que se da entre imperio-cultura-sentido de la vida-civilización, creó una sombra sobre nuestro inconsciente colectivo, en línea de lo que sostenía C.G. Jung, que impide la consolidación de nuestro ser auténtico, de nuestro “sí mismo”, como naciones pertenecientes a una misma civilización.

Esa enfermedad identitaria, que lleva poco más de doscientos años, es lo que Alberto G. Ibáñez trata de curar para superar el proceso de amnesia que nos ha llevado a olvidar quiénes somos realmente. No obstante, este libro no

sólo demuestra la lapidación que ha sufrido nuestra memoria colectiva sobre la historia común de los miembros de la civilización hispana, desmenuzando con bisturí cada uno de los procesos principales. De los paralelos cinco tratamientos que propone el libro para superar esos síndromes (tercera parte, pp. 249-436), cabe comentar igualmente algunos aspectos. La ingenuidad y el vasallaje se curaría despertando del estado de ignorancia, al recuperar el recuerdo de lo que ha sido el mundo hispano representado como colectivo. Los siglos XVI y XVII no habrían sido solo un periodo de oro en la literatura, sino también en el pensamiento y las ciencias. Más concretamente, existiría un saber hispano que se fundamentaría en los siguientes elementos: recta razón (no razón de estado), pensamiento simbólico (no solo razón lógica), diferencia conceptual entre ser/estar (ausente en otras lenguas), intuición, mística y arte (barroco).

El autor aprecia una estrategia para ocultar ese pensamiento y expulsar del ámbito de la filosofía a todos los que no respeten unos ciertos criterios impuestos por la metodología anglo-francesa, lo que perjudicaría especialmente al mundo hispano al ser éste el que más siguió la técnica griega de filosofar a través de diálogos. Para el autor, Quevedo, Cervantes, Calderón, Unamuno o Borges son filósofos excluidos expresamente del canon oficial por buscar la sabiduría haciendo literatura, por no hablar del propio Velázquez. Ciertamente cabe entender las *Meninas* o las *Hilanderas* como tratados de filosofía escondida a través de símbolos y espejos.

Otro de los tratamientos de choque que se propone es recuperar el liderazgo hispano. La ecuación parece simple: si una vez los hispanos lideraron el mundo y gestionaron con eficacia el primer imperio policéntrico y global, debería ser posible recuperar aquellas cualidades y capacidades de los grandes personajes que protagonizaron hazañas jamás vista, para el día de hoy. Tarea sin duda loable pero difícil de llevar a cabo. La fórmula que propone el autor pasaría por recuperar la educación como un sistema para formar carácter y capacidad de vencer obstáculos, haciendo a los alumnos de la vida resistentes, que no se derrumben ante la frustración o al primer envite. Un verdadero marino solo deviene tal cuando es capaz de navegar contra viento y salir indemne de tempestades, justo lo que hacían nuestros antepasados olvidados.

Hubo un tiempo en el que se nos proponía el camino del héroe-sabio-santo; basta recordar a Campbell. Hoy, sin embargo, la nueva pedagogía posmoderna bajo presupuestos supuestos de instalar una mayor amabilidad o ligereza, en realidad apuesta por la víctima permanente o el antihéroe. A nuestros jóvenes les han robado su Historia y los referentes en quién inspirarse, aquellos que, con muchos menos medios que ahora, se enfrentaron, con éxito, a desafíos que parecían imposibles: como descubrir un nuevo hemisferio habitado con seres inteligentes o dar la primera vuelta al mundo. Para ello no hay que acudir al “coaching” anglosajón. Por de pronto, si la Iglesia católica es la institución más

antigua de Occidente, algo sabrá de liderazgo. Pues bien, también a ello han contribuido decididamente los hispanos.

No cabe quedarse en la mera queja, o estado de indignación, sino que el autor nos recomienda, en su último capítulo, “pasar a la acción”, bajo el lema: “ora, cogita et labora”, siguiendo igualmente la instrucción que desde el campo de la psicología nos propone Albert Ellis: “actuar, actuar, actuar contra mis ansiedades”; o como Antonio Medrano complementaba: “el buen pensamiento es el padre de la buena acción”. El mundo hispano no tiene más opción que hacer frente al siguiente dilema: o abandona la inercia autodestructiva y la sustituye por otra cooperadora o seguirá siendo vasallo de terceros. Por eso, desgrana veinte medidas prácticas para cambiar la actual inercia disgregadora en otra de signo cooperativo. ¿Por qué no tenemos un Hispawood, unos permios nobel hispanos o una marca de reconocimiento gastronómico a nuestra cocina, en lugar de peregrinar a Francia para que a nuestros “chefs” les cuelguen un neumático al cuello para que hagan publicidad gratis?

Por último, no debe obviarse el detalle final que se incluye en el colofón de cada capítulo: doce ejercicios hispanoterapéuticos, a modo de meditaciones potenciadoras para recuperar la autoestima perdida y el sentido de ser hispanos, lo que puede ser igualmente un guiño a los doce apóstoles o las doce pruebas de Hércules, cual meditaciones. A pesar de ello, el autor considera importante destacar *que* no estamos ante un libro de auto-ayuda, sino de hispano-ayuda-mutua dirigida a recuperar el sentido de familia colectiva que prevaleció durante trescientos años. De hecho, cualquier hispano que quiera superar el artificial dilema disgregador “ustedes-nosotros” y reflexionar sería y científicamente sobre nuestro “nosotros” de ambos lados y norte-sur, debe necesariamente enfrentarse a este libro, con todo lo que verdaderamente significa la acción de enfrentarse.

En resumen, estamos ante un libro diferente que, de acuerdo con el método relacional-integral que propone el autor para aproximarse a cuestiones complejas, combina un análisis interdisciplinar que pretende ser riguroso y profundo, desde el punto de vista histórico, con nuevas técnicas que provienen del campo de la psicología, la sociología, la geopolítica el liderazgo y el desarrollo personal. La apuesta es arriesgada, pero el resultado cuando menos, como los mitos de antaño según recordaba Ernest Cassirer, da que pensar, como lo hace uno de los lemas que nos propone: “somos hijos de un legado y conquistadores de un destino”. No obstante, está por ver si logra cambiar la mentalidad hispana, lo que dependerá del destino que sean capaces de alcanzar sus lectores. Yo ya me encuentro entre ellos.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston (1971), *Epistemología. Textos escogidos por Dominique Lecourt*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, Pierre (1991), “Los Intelectuales hoy”, Entrevista realizada a Pierre Bourdieu el 4 de mayo de 1980 por Didier Eribon; traducida en 1991 para el N° 8 de la Revista Zona Erógena por María Cecilia Maggi.
- Graham Allison (2018), *Destined for War. Can America and China Escape from Thucydides's Trap?* Mariner. Boston/Nueva York
- Jung, Carl Gustav (2015), *Los Arquetipos y lo Inconsciente Colectivo. Obra Completa, Vol 9/1*. Trotta, Madrid
- Kindleberger, Charles (1993), *Problemas económicos e interpretaciones económicas*, Crítica, Barcelona